

SANTA MARTA DE RIBARTEME (A LA VIDA POR LA MUERTE, AL INDEPENDENTISMO POR LA PARADOJA)

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Carmelo Lisón Tolosana*

Las primeras luces del 29 de julio de 1964 me sorprendieron caminando de romero al santuario de Santa Marta de Ribarteme en la parroquia de San José del municipio de As Neves (Pontevedra). Como he descrito en otras páginas¹ la liturgia del ritual voy a centrarme ahora en las determinaciones de la naturaleza del hecho, extraordinariamente sorprendente, abordando la fenomenología de la irrealidad a través de la que el espíritu se hace visible. Aprendí en Antropología que la Ciencia no preside ni domina todas las formas de pensamiento humano; que no hay *un orden, una realidad o una exclusiva* interpretación cultural; que las creencias, la irracionalidad, la libertad, las formas religiosas, el arte, la lírica y la moralidad, por ejemplo, ni se explican por la Ciencia ni entran en conflicto con ella. Estudiamos también al Hombre y lo conocemos en y por sus modos de vida, por sus costumbres, tradiciones, ritos e ideaciones y sabiduría folk, por sus diversas culturas en una palabra, porque nada puede estar al margen de la vida humana, de sus sentimientos y emociones y pasiones, de sus estados mentales e inclinaciones de espíritu que no solo persisten sino que marcan el futuro en modo latente, como espero insinuar al referirme a la modernidad actual, porque también pretendemos en Antropología universalizar —humanar— y descubrir extrañas creencias en acción en nuestra cotidianidad.

* Sesión del día 9 de octubre de 2018.

¹ De la estación del amor al diálogo con la muerte, Akal 2008, págs. 90ss y en *Escenario ritual* págs. 99-108 de *Galicia singularidad cultural*, Akal, 2016.

Pero ¿es la reflexión humanística un mundo autónomo sin filtro científico? El esfuerzo racional y el impulso humanístico de nuestra psique funcionan a dúo, son inseparables, y co-integrados patentizan la necesidad humana de verdad; ambos intentan en Ribarteme alcanzar sentido y significado de la fragilidad humana, de la enfermedad y del azar, de la vida nada menos. Pretendo examinar esta icónica construcción mental local de realidad-irreal o de irrealidad-real —categorías codificadas— primero desde dentro, semiotizando el discurso semántico del Otro y, segundo, desde el punto de vista antropológico, riguroso y técnico, en pos de la objetividad y de la verdad, tan elusivas ambas, como iluminadoras. Somos todos animales creyentes.

I.

Como en todo y cualquier santuario gallego² el procedimiento ritual de los ofrecidos que peregrinan en busca de salud para implorar curación al santo o santa que los preside y acepte a cambio una promesa de limosnas de vario tipo, o de sacrificio corporal o anímico tiene un marco común en cuanto a motivos, intenciones, agentes, ofrendas, comportamientos, vestidos-túnica, sacrificios, etc., porque están institucionalizados. En lo que sigue selecciono por su singularidad, extrañeza, exigencia personal y potencia simbólica un intercambio ceremonial con Santa Marta y sus parroquianos que hacen en situaciones de límite extremo en los que se ofrecen o son ofrecidos por sus familiares.

Escenario fundacional del ofrecimiento. ¿Qué hace con frecuencia un feligrés de la parroquia de San José-Santa Marta al sentir la presencia de la muerte en su propio cuerpo? ¿qué hace cuando emerge repentinamente en su conciencia la fea verdad terminal? ¿o cuando el espectro de la parca entenebrece su mente? ¿ante una enfermedad terminal, un inesperado azar o accidente o desenlace que ve como postrero? Estamos ante *primes* vitales —sentir, cuerpo, vivir, morir— de certezas inmediatas. Ante tal desorientación o *terribilitàà* las reacciones individuales son obviamente varias, pero a la vez todos tienen a la mano una respuesta emotiva, tradicional, una teología comunitaria esperanzadora alejada de la tragedia y del derrotismo y de la inacción. Ante el inesperado encuentro con la muerte se refugian en la *prima sapientia* local cultural que convierte los sucesos traumáticos en potencial orientador; acude al poder espiritual de Santa Marta pidiéndole, en *lingua sacra*, atención a su estado final. Quiere vivir.

² Sobre santuarios gallegos he escrito en varias ocasiones y he dedicado dos monografías al Corpiño de Lalín. Los grandes santuarios celebran con festividades sacroprofanas al santo o santa que lo preside, *abogoso* a la vez de alguna dolencia o enfermedad concreta. Estos santuarios actúan también como hospital, clínica o sanatorio bajo el régimen ritual correspondiente que dirige el sacerdote que lo regenta.

Y no se trata simplemente de obedecer a un conjunto de prejuicios de antaño, ni mucho menos, hay algo en la reacción, y se pone en acción, algo mucho más sólido, realista y verdadero: el ofrecimiento del oferente a Santa Marta —que describo a continuación— aglutina y conjunta la identidad personal por pertenencia a una comunidad parroquial, impone valor ético-moral y código de procedimiento ritual, en el que toma parte la familia —que también ofrece—, más la vecindad que también participa y coopera, más la comunidad solidaria y festiva, más el sacerdote que bendice y sacraliza; todo un complejo marco de referencia sólido, positivo y cierto, inseparable de la creencia y del misterio, lo que hace de la creencia un fragmento de un modo de vida, algo positivo, todo muy real y verdadero. Ritualizan. Ritualizan también *por si acaso*, porque dudan tanto como creen, porque la gramática realista de la procesión pública mortuoria les da una cierta esperanza confirmada histórica y anualmente por el número de *resucitados*; ritualizan porque hacerlo es propio de la gramática cultural local que da sentido a la vida. Ritualizamos también nosotros porque poner flores el día de Todos los Santos no sirve positivamente para nada pero es la expresión lógica de amor, amistad y remembranza que nos satisface, dignifica como humanos y agrada. Y eso basta, sin más razonamiento. Creencia es lo que hacemos y por tanto lo que somos.

La realidad biológica provoca la creencia, la realidad ecológico-social robustece a la creencia, la realidad cultural la formaliza, la sacraliza santa Marta y la cooperación comunitaria la vigoriza y estimula. Realidad, verdad, ritual, emotividad, religiosidad colectiva y fiesta patronal configuran un todo fáctico, solidario, experiencial, emotivo, esperanzador y trascendente sin precisas fronteras entre lo racional, irracional, lógico e incoherente, conjunto que merece atención como enérgica potencia humana que va mucho más allá de Ribarteme.

Estructura singular del ofrecimiento. Desahuciado o ante la inminencia de la muerte se pone las gafas culturales locales el paciente y recurre —también lo puede hacer un familiar— a Santa Marta en términos protocolarios fijados por la tradición: vendrá de romero con túnica —*mortaxa*— y ataúd, acompañado de cantores según tradición y será llevado dentro de un féretro, como si estuviera muerto, en la procesión, en tiempo demorado ya que no murió en tiempo designado, permutando la muerte por una semejanza procesional, detallada y semióticamente marcada, ofreciendo la puntillosa simulación por la realidad. Ahora bien, cumplirá su promesa siempre que, y prioritariamente, la santa le saque del corredor de la muerte, mejor inmediatamente, y le conceda vida. La oferta viene obviamente condicionada a que Santa Marta se moje primero. La estructura relacional admite cualidades y particularidades que impone el oferente (ofrecer a alguien que está en Venezuela o que no puede venir, hacerlo por niños, ir debajo o detrás del ataúd en la procesión que sale del santuario, seguirla de rodillas, ofrecer limosnas variadas, cubrir la cara dentro del féretro etc.), según pude observar personalmente. Esta breve presentación requiere de una ampliación analítica, a la que paso.

Como en todo ofrecimiento el oferente pretende establecer entre dos partes un vínculo obligatorio que evoca la relación social objetiva y legal o consenso entre dos partes que genera obligación en uno y derecho en otro. Pero en este ofrecimiento el oferente pretende algo más y más estratégico: establecer un *iuris vinculum* con un poder sobrenatural que no está presente personalmente, que ni oye ni responde, sancionar una comunicación mística o compromiso sacramental con un poder divino que elude ser reducido a términos meramente racionales porque se convierte en un acto simbólico de profundo calado para el individuo y para el grupo. Este protocolo ceremonial eleva al individuo a una esfera trascendente vinculándole a una categoría religiosa, a un orden sagrado.

Pero no es esto, aun importante, lo que quiero subrayar, sino acentuar el hecho extraordinario de que en Ribarteme se produce una inversión en la lógica de la estipulación común *si a entonces b*, es decir, voy de romero al santuario, y penitente e implorador, sigo el ritual prescrito y con sacrificios puntuales y limosnas para que los vea y anote la santa cuando los cumpla, imploro que los tenga en cuenta y me conceda ahora en aprecio y reciprocidad mi petición. Pero no es este el caso: alzo yo la voz aquí y ahora dondequiera que esté pero me dirijo a Santa Marta con la aljaba vacía pidiéndole directamente que haga un alto en su gozo celestial y atienda las palabras, no a los hechos que no los hay, del doliente, y entonces y solo entonces, responderé con obras en agradecimiento. No es el *do ut des*, la fórmula universal del ofrecimiento, sino su inversión: voy con las manos vacías, daré en reciprocidad *si primero* concedes; es la santa la que tiene que actuar primero para ser recompensada después cuando ni lo pide ni lo necesita. Toda una audacia teológica

La fórmula inversora pone de relieve y acentúa una significativa manipulación simbólica que trastrueca la posición jerárquica inicial. Santa Marta es requerida con cierta energía verbal arrogante, perentoriamente urgida a conceder vida, y solo si cede se producirá una condicionada y posterior reciprocidad no pactada realmente sino formulada por la tradición. La iniciativa original parte de una persona —o sus familiares— en inminente peligro; su enunciado quiebra un status jerárquico canónico, altera una categoría sacra, licúa un límite, innova; es el oferente el que lleva la batuta, no la santa. Se trata de una forma de razonar que no tiene validez lógico-jurídica ni científica sino de una forma de sintetizar según uso social local, de un modo de pensamiento de orden cognitivo y modo simbólico con valor semántico. Los límites, fronteras, las analogías y homologías dependen de valores indígenas, de los contenidos y contextos en que se abstraen (mitos, ritos, convenciones locales) y del análisis estructural abstracto a que formalmente se llega. En toda innovación hay que tener en cuenta la intertextualidad, copiosa en este caso, pero también quiero valorar el acierto mental tradicional de la innovación marcada en Ribarteme e institucionalizada por sucesivos *troubadours*— encontradores— de la formulación de un argumento. De un procedimiento conceptual-ritual selectivo de alternativas adoptado en el santuario de Santa Marta por la gente, no por el clero. *Sic honour*.

El principio de reciprocidad o justicia distributiva está desde luego en la base de este comportamiento ritual, comportamiento recíproco y universal que fundamentado en base biológica —algunos mamíferos lo practican también— se transforma en valor moral en todas culturas desde la temprana poesía indoeuropea y los Vedas hasta el Antiguo y el Nuevo Testamento. Pero de nuevo la formulación de Ribarteme es no solo emblemática, sino valiente y atrevida: Marta, te pido que me mantengas en vida e invierto en un futuro, en solo palabras, meros deseos, esperando que la guadaña de la muerte que me amenaza inminente se detenga y me exima inmediatamente y si así es reciprocaré en el futuro. Tú que presides el templo y proteges la parroquia y el romeraje decides; tú Marta, invisible y muda, *abogosa* especializada en conceder vida en estas circunstancias, decides sin demora llevarme o no al cementerio.

La relación es verbal, virtual, de posible futuro, inactiva en su dimensión humana, creencial y simbólica; y de valiente afirmación personal que llega hasta invertir además la conexión jerárquica con la santa. Las condiciones del ofrecimiento (sacrificios, modos, limosnas, espacio, tiempo y modo) las pone el oferente y las impone a una santa, a una santa lejana y silente, en otro universo, y pueden además posponerse según circunstancias o cambiarse como los actantes u ofrecidos que pueden estar en Venezuela. Todo parece fluido, suave, *asegún*, con iniciación y peso humano. El lado afectuoso, compasivo y misericordioso de y con Santa Marta no está ausente, queda bien reflejado en las oraciones, y también en las flores, poesía, cantos y gestos de pleitesía del ritual de agradecimiento que escenifican ante su altar al despedirse esperanzados de ella; pero el ofrecimiento parece simplemente táctico, deseo de vivir, imaginativa creación folk, sorprendente elaboración conceptual popular ribarteano.

Ribarteme nos brinda efectivamente una refinada y primorosa representación cultural del misterioso tránsito; desde el principio está patente la muerte y la ritualización afirmativa de la vida. El mito de Osiris, dios salvador que muere, resucita y puede dar el don de la inmortalidad nos antecede en mucho, pero no creo que su mensaje sea suficientemente apreciado en As Neves. Es un reto emotivo que nos lanza el santuario que preside Marta, la hermana de Lázaro que ha visto la muerte en acción en su propia casa, Marta elegida como patrona resucitadora por sus feligreses, feligreses que tienen la bravura de encararse nada menos que a una aporía humana universal. Y universal, es decir mundial, es también la acogida en el templo ribarteano porque abre sus puertas y protección a todos los romeros que llegan no solo de la parroquia y del municipio y del área y hasta irradia devoción, forma, rito y costumbre, no solo por la zona sino que se extiende a Portugal, como prueban por Monte de Fralães, Barcelos y otros lugares. Es más: la santa “fixo milagros pol-o mundo todo”.

Todavía más y más sorprendente antropológicamente: primero, disuelve la trascendente oposición vida/muerte transformándola en un esquema u oposición escalar —de más o menos— de tipo polar que implica nada menos

hacer desaparecer la estructura lógico-formal de oposición total, y maniquea, abstracta, conceptual y absoluta incoando un proceso o estableciendo un puente ritual que hace posible el tránsito reversible entre las dos categorías; todo un atrevimiento místico popular. Ellos mismos lo expresan líricamente, cantando —lo exige el ritual-: al que “estuvo a muerte”, o en “la hora da morte” la santa “doulle a vida”, ahora y aquí “o resucitado viene en nostra compañía”, “aquí lle traemos” repiten “ya resucitado”, “o que estuvo a morte” insisten una vez más con certera expresión en el treno ritual. “A ese” que pasaba llevado en féretro me explicó un local “le dimos por muerto”. Y satisfechos terminan gozosos: “cumplida a promesa vamos a yantar”. Y comienza la fiesta³.

Segundo: en realidad los términos antitéticos —vida/muerte— se licúan en Ribarteme en propiedades semánticas inciertas o simples opuestos descoloridos, y los límites y fronteras pertinentes en nada menos que balsámicas cualidades en ciertos casos reversibles. La forma de razonar no aspira a validez usual lógica porque se trata de razonar según uso social local —*prisca sapientia*— un protocolo para ordenar la cultura según un orden cognitivo categorial y simbólico en el que las diferencias y opuestos dependen de valores indígenas, de los contextos en los que se abstraen los opuestos y homologías socialmente establecidas. Pero nótese: todos los años acuden en torno a media docena de agradecidos romeros “revividos” por Santa Marta, personas que testimonian con su cultura folk que se adelantaron desde antaño al cuestionamiento teórico de anquilosadas categorías rígidas discutidas hoy por la Antropología.

Por último, la fuerza social y profundidad cultural del romeraje me hicieron apreciar la originalidad discursiva y la creatividad ritual que sintetiza y expresa en acción la singularidad del santuario en su conjunto. Sé desde luego que Ribarteme adapta y resume el marco de referencia creencial de su entorno geográfico, que copia en parte la teología comunitaria cristiana de los ofrecimientos, que rezuma tradición, pero quiero ver también el rito local como libérrima creación del espíritu, como resultado de un acumulado pensar local contextual distintivo y único que aglutina además de atrevida ficción sociedad real, tradición, juridicidad popular y un distintivo protocolo procesual en cuanto a forma, modo, contenido, selección de posibilidades, lírica, vestimenta, color, música, recorrido procesional y arte, sintetizado todo en un audaz principio retórico imaginativo; un mundo mental de significado independiente en cuanto sobrevuela con su inventiva mágica conceptual toda realidad y acción; quiero resaltar la construcción de una cautivante arquitectura inteligible pregnante de significado para sortear una experiencia límite aporética. No trato de apuntalar el poder distorsionante de la cultura sino de entender en su valor el discurso indígena y esto además en su dimensión general y generalizante. La escenificación de esta muerte ritual o como si rompe la categoría dual vida/muerte al

³ V. Lis Quibén: *Santa Marta de Ribarteme*, Talleres Tipográficos Faro de Vigo, 1951, p. 8ss.

añadir al esquema conceptual una triplicación, otra categoría intermedia, híbrida, en forma líquida y reversible y en modo campestre y festivo.

Corona y resume la fiesta el ofrecido, el “resucitado”: cumple la promesa haciendo de cadáver, metido realmente en el interior de un féretro descubierto, visible y revelador testimonio del amparo de la santa y, para mayor verosimilitud, se presenta como muerto, en porte, actitud, disposición y comportamiento, con ojos, brazos, manos y corporal detalle como si realmente estuviera muerto, y lo hace en sacrificio-espectáculo, en imaginativa y pública apoteosis teatral-procesional pero con la solemnidad y sello de lo sagrado, apasionada recomposición *quid pro quo* —la *muerte* cultural pública y solemne, —nótese— afirmando la *vida* que no perdió— exhibiéndola con profundidad cognitiva porque entendemos mejor lo que hacemos y con calado público y perfume terapéutico, porque impresiona a miles de espectadores que reciben el mensaje y lo proclaman festivamente cada año. Campanas, fotos, películas, periódicos y televisión publicitan el encanto de una tradición, la fascinación de una activa creencia y el atractivo de una romería.

II.

Las estructuras inteligibles pensadas localmente vehiculan información, en este caso dosis de autoconciencia, pasión por el conocimiento y la razón ante lo desconocido, intolerable e intratable que con frecuencia rentan experiencia folk de indudable calidad zonal y nos hacen apreciar lo diferente —plurales experimentos en el vivir— y hasta lo radicalmente diferente *también como nuestro*, y nos invitan a reflexionar sobre las estructuras subyacentes comunes de la vida humana y a apreciar su manifestación en paralelos, transformaciones densamente análogas, en resonantes generalidades y profundas interconexiones, similitudes y ecos en espacios y tiempos diferentes. Más aun, nos convocan a ver y sorprendentemente adivinar x en b, en c y j —blanco en azul, Ribarteme en el *Brexit*, *Brexit* en Dunkerke— y a reintegrar a racionalidad mucho de la humana existencia y pensamiento, lo que es no solo pretensión sino condición de la Antropología. La creencia, pródiga en Santa Marta, está a la raíz de muchas de nuestras decisiones no solo religiosas sino políticas y económicas, y en el nosotros incluyo a universitarios, profesores, políticos y economistas. Somos animales creyentes, repito.

Las creencias, devociones y proselitismo religioso no son esencialmente diferentes de las ideológicas, políticas, separatistas y populistas *civiles*. Ambas no solo tienen raíces comunes —tradición, familia, educación, adscripción a grupo, partido o comunidad— sino que unas como otras dirigen las ideas, pensamientos, actitudes, valores y la cosmovisión toda de una persona y lo hacen como un todo, en su conjunto identitario, en su totalidad e integridad, algo que ni la cien-

cia ni el argumento pueden hacer ni fácilmente quebrar, pero conjunto anímico que nos exige que veamos a la persona, a toda persona con respeto. Hay algo que se llama irracionalidad en nuestra sociedad liberal con su teología irrenunciabile, en la que abundan mitos, falsedad, entusiasmo absurdo, ideologías extrañas, credulidad, fanatismo masivo, irracionalismo, separatismo y populismo que hacen dudar de la secularización. Nuestra sociedad deja huecos y vacíos importantes, no ofrece respuestas vitales a los problemas existenciales de la humana condición. Las enfermedades, el sufrimiento, la muerte y el Mal, he repetido, no se alivian solo con técnica y política sino también con credos, con rituales y narrativas que se dirigen al misterio, significado y razón de la vida humana, conjunto integral que exige otra epistemología.

Es indispensable el análisis e interpretación de lo que llamamos en Antropología *mindset* predominante en diferentes grupos de un conjunto, esto es, el modo simbólico o pensamiento metafísico y el carácter fenomenal de la experiencia si queremos iluminar la “racionalidad” de una comunidad o segmento comunitario. Por *mindset* significo además las expectativas que traemos *anticipadamente* a la experiencia, es decir, el conjunto de ideas, ideología, creencias, deseos, dudas, miedos, peligros, signos, significados, sentimientos, emociones, analogías y símbolos, el mundo todo de nuestras proyecciones y lazos amarillos de toda clase, el campo infinito de la semántica y de la semiótica no discursivas, de lo terrible, misterioso y arcano, nuestras gafas culturales, en un palabra, que colorean la realidad, toda realidad, nos demos cuenta o no. Esta condición exige diálogo y razonamiento público no solo inteligible sino accesible a toda persona. ¿Qué evidencias y pruebas podemos aportar a los que parten de otras creencias? ¿Qué argumentos son accesibles a creyentes y ateos? ¿A los que defienden y atacan el aborto?. ¿Qué razones son válidas a unionistas y separatistas cuando se parte de principios o valores vigentes contradictorios?. El argumento es irresoluble y la conclusión nunca es final.

He subrayado el sello del lugar de la creencia, su *situs* social y raíz cultural, la he presentado como una construcción colectiva de la realidad, realidad perpleja y desconcertante pero con incrustación original múltiple (religiosa, social, jurídica, lingüística, política) en un modo de vida. No se trata de un concepto monolítico, matematizable sino politético, cargado de razones y emociones cuya verdad o falsedad no es frontal o inmediata en sus partes distintivas que hay que discriminar en interpretación cultural semántica y semiótica, en su peso y método, en sus grados de garantía y verdad, exigidos por la presentación de un mundo extraño. Nos esforzamos en reflexionar y entender, necesitamos razones pero la convicción emotiva emerge con fuerza ante la realidad del MAL, de lo extraño, del misterio y del OTRO, de otro universo ideal. Vemos más y mejor desde el interior del contexto cultural en que vivimos y aceptamos las atractivas imaginaciones que nos ofrece, y ensanchando el arco, hasta las idealizaciones, tierras prometidas, paraísos y utopías que nos atraen fuertemente, y no solo nos cautivan sino que dirigen

nuestras decisiones y aun nuestras vidas aunque nos distancian de la realidad. La creencia, aun oculta y latente reina.

La formulación retórica esperanzadora de Ribarteme y su festiva rome-ría tiene para el parroquiano un poderoso atractivo porque ofrece lo mejor, la vida, y no solo desde el poder y fascinación de la creatividad mental sino desde una densidad existencial comunitaria, desde la sinergia de la cultura local, desde el espíritu de la tribu que densifica la identidad personal. La imaginación, la figuración desiderativa y su poder retórico, la idealización que conllevan y que se convierten en idealización con fuerza de mito —que incluye en su atractivo a extraños dolientes— vienen saturadas también de razón, significado, emoción, institución y valor recubiertas por capas de verdad y superestructuras transcendentales folk que van más allá del error lógico porque tienen en cuenta la complejidad de la vida, la vida humana tal como es, lo que somos, hacemos y podemos. La fenomenología y la hermenéutica nos han enseñado a justipreciar el logaritmo de lo subjetivo y emotivo, el peso de lo evaluativo y contextual y la presencia del significado y de la creencia en la verdad, el punto de vista de lo humano, en una palabra.

III.

¿Termina aquí la lectura antropológica de Ribarteme? En realidad es ahora cuando podemos apreciar su potencial instructivo si lo cotejamos con similares descripciones creenciales —respetando diferencias— como el independentismo catalán, por ejemplo, en cuanto evidencia una actitud mental análoga, inyectada de irrealidad desiderativa, irreducible a términos racionales, cuando los hechos son palmariamente identificables. El peregrinaje nos brinda una plataforma comparativa para generalizar algunos fundamentos, principios y categorías expuestos y humanizar el problema. A este nivel aunque diferentes tienen mucho en común. Todo expuesto de una forma simplemente indicativa y orientadora y sumaria para que la desarrolle el lector conocedor del *procés*.

Me refiero concretamente a la tergiversada y falseada versión económica de reconocidos economistas del independentismo catalán, expresadas en proposiciones adulteradas e irracionales y dirigidas, como la creencia, a componentes primitivos vitales existenciales, a los deseos, emociones, sentimientos y pasiones inherentes a nuestra humanidad. Me apoyo para ello en la crítica que Jaime Terceiro hace al analizar *Las cuentas y los cuentos de la Independencia* de J. Borrel y J. Llorach, (Libros de la Catarata) 2015. En ella nos dice que Oriol Junqueras envió una carta a todos los parlamentarios europeos pretendiendo para Cataluña el mismo trata fiscal que tienen los Länder alemanes cuyo déficit está limitado al 4,5% de su PIB, precisión, aclara, matemática y formalmente racional a la que se apuntó Arturo Mas en una entrevista a *Le Monde*. La

realidad pura y simple es que la República Federal no calcula las balanzas fiscales y por tanto no hay razón ni objetividad que justifique la pretensión, pero sí ignorancia en el mejor de los casos y supuesta creencia políticamente apasionada ante la contundente refutación de la misma en el peor. Quiero recordar y reiterar lo escrito anteriormente sobre la naturaleza de la creencia —*affaire* del corazón humano a la que volveré-, que el fanatismo y la pasión con su barniz de razón son invulnerables para el creyente, que sus declaraciones van más allá del *challenge* racional.

La cuestión de fondo, sigo citando a Terceiro, es la balanza fiscal de un territorio con la que se evalúan los ingresos que aporta el Estado (impuestos y cotizaciones) y los beneficios que recibe (transferencias, pensiones, inversiones y servicios públicos). El saldo es la diferencia entre beneficios recibidos e ingresos aportados; si es negativa hay un déficit y si positiva un superávit, déficit que comparan con el beneficio fiscal que generaría la independencia. Hay varios métodos para el cálculo que dan resultados diferentes y como es de esperar los independentistas echan mano del que más favorece la teoría del viciismo y maltrato fiscal, pero no tienen en cuenta los efectos indirectos del gasto público sobre la actividad económica ni cuentan con el cálculo del efecto de las balanzas fiscales del déficit o superávit del Estado. Concretamente: los 16.000 millones de euros que estarían al alcance de la mano al día siguiente a la independencia es una utopía —propia de la creencia— al estar calculada sobre supuestos desiderativos y propagandísticos porque se trata de contar con impuestos que se pagarían en un futuro indeterminado, para lo cual la Generalitat tendría que endeudarse previamente como publicaron Borrel y Llorach en *El País* en 2014, al probar que no existe el expolio fiscal del 8,4% del PIB. La respuesta de los creyentes no tomó el camino del diálogo pertinente, diálogo serio y objetivo, sino que consistió en desautorizar y descalificar rechazando el argumento. El creyente en la causa carece de antenas para captar y evaluar los costes económicos sean de la magnitud que sean. No los cree.

He citado a O. Junqueras, a A. Mas, podría citar a A. Mas-Colell, a J. Pujol y a otros economistas y conocidos prohombres del separatismo, pero esta vez para resaltar como el *Otro* que privilegiamos en Antropología por su diferenciada mentalidad, por su extraña cosmovisión, valores y creencias ajenas y paradójicas está también entre *nosotros*, cómo *Nosotros* somos a la vez *Ellos*, cómo las creencias culturales de la tribu tuercen nuestros argumentos y rigor inferencial, lo que impide alcanzar principios comunes. ¿Cómo es posible que mentes cultivadas atormenten la historia propia falseando los hechos y embrollando los datos más irrecusables? ¿Qué hace que los fanáticos usen en su propaganda los más inconsistentes y hasta contraproducentes razonamientos? ¿Que nieguen que Cataluña ha dejado de ser la primera potencia económica de España y que los museos de Barcelona están al margen del boom turístico por el lastre económico del *procés*? La causa no se defiende con dis-

parates como que la Generalitat ha sido regida por 131 presidentes, que el escultor Gargallo y Miguel Servet son catalanes o negando que más de 4.000 empresas han emigrado de Cataluña. ¿Cómo es posible que el pico del Aneto de 3.404 metros de altura que está en Huesca lo vendan como icono catalán? ¿O que celebren la Corona catalano-aragonesa que nunca existió?. La lista es tan larga como increíble. ¿Dónde están la verdad, la coherencia y el argumento?. Son juicios emotivos no razones.

Pero las verdades no bastan, nos intima Ribarteme; la soberana indiferencia ante el hecho identificable, la exigencia dogmática, la lealtad política y la paradoja también piden respeto, como he dicho de Ribarteme, que nos guía nuevamente ahora, porque tienen sentido interno y fundamentación lógica y porque nos informan que algo va mal en cuanto a expectativas. La versión y defensa imaginativa las afronta creando ficciones utópicas, ensueños ideales, paraísos polimorfos encantados y fascinantes, recamados de gratificantes emociones, opacidad semántica y semiótica, emociones y aspiraciones que la Ciencia no puede colmar ni refutar porque no toleran la analiticidad discursiva y porque solo se dirigen y convencen al devoto y fiel, al partidista y creyente; los demás estamos en otro plano contextual, en otro orden epistémico. La Ciencia no habla al hombre total, lo sobrevuela. El confort de la pertenencia a un grupo, la ubicación concreta en un segmento colectivo, el reposo que da el ser parte de un universo mental prometedor, vehículo de dignidad, ideología y valor, la creencia compartida en una palabra, son parte de la identidad personal del ferviente prosélito. Sus predisposiciones no filtran la verdad, sus opiniones dependen de creencia, *mindset* y cultura.

El individuo se trasciende interiorizando un segmento de su grupo en el que encuentra no solo *identidad* sino *finalidad*, porque el grupo está conformado por estrategias, energías dominantes, campos de fuerza, ideas y visiones del mundo inconmensurables que ni siquiera se hablan ni entienden entre sí, que la Ciencia no puede entender y menos todavía cuando todas ellas juntas configuran un todo con diferente ontología, epistemología y método. Ante un todo total como es el hombre, un todo existencial con un mundo sinóptico de significados vivenciales experimentados diferentemente (moral, política, religión, arte, familia etc.), cosmovisión que no obedece a primeros principios comunes, la Ciencia no dispone de irrefutables razonamientos porque las decisiones que desde cada uno se toman pueden ir más allá de la deliberación razonable, porque la sinopsis planea sobre la representación vivida en todos sus niveles. El modo de vida que todo fundamenta, como cada una de las partes citadas, es inconmensurable porque no podemos usar la misma escala al compararlo con otro, son mundos paralelos, y no hay un único baremo. No hay un *cordon sanitaire* de seguridad, pero sí hay entre el punto de vista independiente y el nuestro todo un espacio de seriedad y rigor moral, legítimo para pensar lo correcto y afirmar la verdad.

En definitiva la hermenéutica del templo gallego ilumina en parte el idealismo separatista catalán y por tanto conviene seguir el lema de Vasari: *cerca, trova...sempre in motto*. He buscado claridad de conceptos y precisión hermenéutica en el independentismo y en Ribarteme, ¿Todo flota? ¿Relativismo? Lo relativo se formula en relación a algo, a punto de vista y a episteme, pone de manifiesto que se pueden ver las cosas bajo distinta luz, pero siempre, y a la vez, bajo la lámpara de la verosimilitud y desde la tozudez del hecho y sus consecuencias que no tolera disparates. No todo, ni mucho menos vale.